

*Yo fumo puros como mi abuela: Una reinterpretación cinematográfica de “Mi abuela fumaba puros”
de Sabine Ulibarri*

Un cortometraje escrito y producido por Katrina B. Abad

Abstract

The moving short story “Mi abuela fumaba puros” (1992) by Mexican-American author Sabine Ulibarri depicts the fortitude of a matriarchal grandmother from the eyes of her grandson at different stages of tragedy in their life. In this short film, I give that grandmother an identity—Alanza, the namesake of a feminine warrior—and creatively interpret her backstory no longer as an anonymous character subjected to third-person observation, but as a persevering woman with her own personhood and first-person narrative monologue. I further explore underlying themes from Ulibarri’s original work such as *machismo* (or chauvinist hypermasculinity), psychological and emotional violence, and forms of feminine self-identity and resistance. Moreover, through this critical-creative interpretation of Ulibarri, I unearth from his piece those subtle hints of magical realism—or the combination of naturalistic and surrealist elements into one oneiric narrative—and I highlight that genre’s role as a vehicle of social commentary, just as it has served for other Latin American and Chicano authors such as Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes and Julio Cortázar. By underscoring in this film the prevalence of oppression and violence, as well as the potency of resulting reprisals, I seek to spark a discussion of diverse viewpoints on what forms of resistance are effective and how we can innovatively (re)read the defense of human rights in both modern and canonical Latin American/Chicano literature.

Resumen

El relato emotivo “Mi abuela fumaba puros” (1992) del autor chicano Sabine Ulibarri describe, desde los ojos de un nieto, la fortaleza de una abuela matriarcal en varias etapas trágicas de su vida. En este cortometraje, le doy a esa abuela una identidad—Alanza, el tocayo de una guerrera—y interpreto de manera creativa su historia de fondo. La abordo ya no como un personaje anónimo ni como objeto de observación desde la perspectiva de tercera persona, sino como una mujer perseverante de su propia persona y en forma de monólogo de primera persona. También exploro unos temas subyacentes del texto original de Ulibarri, tales como el machismo, la violencia psicológica y emocional, y varias formas de lo autoidentificación y resistencia femeninas. Además, a través de esta interpretación crítica-creativa de la obra de Ulibarri, desentierro de su cuento esas pistas sutiles del realismo mágico (o la combinación de elementos naturalísticos y surrealistas en una sola narrativa onírica); y destaco el papel de ese género como vehículo de la crítica social, como les funcionó a otros autores latinoamericanos y chicanos tales como Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes y Julio Cortázar. Por medio de subrayar en este filme la prevalencia de la opresión y la violencia y la potencia de las represalias resultantes, busco fomentar una discusión de perspectivas diversas sobre cuáles formas de resistencia suelen ser efectivas y cómo podemos (re)leer de manera innovadora la defensa de los derechos humanos en la literatura latinoamericana/chicana moderna y canónica.

Guión de *Yo fumo puros como mi abuela*
Escrito por Katrina B. Abad

Alanza: Conocer a Prudencio fue como un disparo. Siempre le gustaba cazar, se iba todos los sábados con un rifle en el hombro, y disparaba a los cóndores con la fuerza y la precisión de un hombre verdadero. Al principio yo estaba contenta por estar sola con él en su vasto rancho, expuesto al aire libre, las nubes y los árboles y las montañas incomprensiblemente misteriosas. Pero con el paso de tiempo, la belleza del paisaje—el espacio alrededor de mí—se empezó a convertirse en un aislamiento. Pensé que tener nuestro hijo Alejandro nos hiciera más cercanos. Por un rato sí, pasamos más tiempo juntos, pero cuando Alejandro creció y se fue de la casa, Prudencio empezó pasando menos y menos tiempo conmigo otra vez. Aún tener otro hijo, Juan Antonio, no pudo reparar lo que se había dañado. Prudencio encontró otras formas de distracción. Había rumores en la comunidad que él estaba pasando tiempo con otras mujeres. Oí esos rumores y pasé mis días pensando en silencio, pero no hice nada.

Una cosa que sí hice es regresar a fumar mis puros. Cuando yo era menor crecí mirando a mi abuela fumar cuando mi abuelo no estaba. Pensé que yo encontraría un amor como el suyo, un amor en el que siempre yo extrañaría a mi esposo y él a mí. Pero no tuve ese matrimonio idílico. Nunca habría pensado que yo regresaría a fumar puros cuando Prudencio ya no me quisiera. Sí, permanecía su pasión. Nuestra pasión fue una que no tuvo tiempo de convertirse en costumbre o en simple amistad. Siempre existíamos con mutuo respeto y miedo, entre admiración y rabias, entre ternura y bravura.

Una noche, un amigo de Prudencio volvió solo al rancho después de un día de cazar. Me dijo que había encontrado a Prudencio, muerto, con un disparo en su pecho. Su amigo pensó que podía ser disparado por otra persona accidental o que él se disparó a sí mismo, tomando su propia vida. Cuando la comunidad se informó de su muerte, se difundió otra explicación: había rumores que yo había mandado alguien a matarlo. Nunca admití a nada. Después de ese día cuando oí los rumores, me vestí sólo en negro y sigo solamente vistiéndome en negro. Además, sigo fumando mis puros.

No debe haber ninguna equivocación: Prudencio también fumaba puros. Para él, era el símbolo y la divisa del señor feudal, del patrón. Para él, todo era acerca de ser hombre macho. Para mí, fumar puros quería decir algo enteramente diferente.

En esos días de aislamiento, recibí las noticias de que Alejandro se había casado y que había tenido un hijo. El niño se llamaba Paco. Libre. Tomé el nombre y probé la ironía de su significado en mi lengua. Alejandro siempre me había dicho que fuera como su papá, que eso le daba miedo pero no veía ningún otro modo de ser. Aún cuando le dije que él pudiera cambiar, sabía que él tenía razón. Él era la viva imagen de Prudencio. Y ahora, me pregunté si Paquito sería lo mismo.

Mi primer recuerdo de mirar los ojos de Paco fue cuando Alejandro murió. Mi nuera y sus hijos habían viajado desde Dallas hasta la Tierra Amarilla donde yo vivía todavía en el rancho. Desde la ventana, miré su camioneta llevando el polvo y un cierto pavor sordo llenó mi pecho. Persistía ese sentido a lo largo de nuestra cena. Pero poco tiempo después, todos oímos los redobles de cascos en la grava. Fue Juan Antonio. *Alejandro*, nos dijo. *¿Qué pasó?* yo grité, pero ya sabía. Sólo repitió: *Alejandro*. Un disparo desesperado y un cuerpo muerto. Alejandro ya no estaba, y tomó consigo sus razones por dejarnos.

Me acuerdo de los chillidos y gemidos rotos de mi nuera. Me acuerdo de abrazarla, de hablar incesantemente, de hablar de muchas cosas insignificativas. Me acuerdo de querer desesperadamente de llenar ese silencio, yo, la mujer que siempre había sido silenciada. Yo, la mujer que no había dicho nada a lo largo de todos mis esfuerzos. Hablé sin cesar. Y me acuerdo de vislumbrar una sombra en la entrada. Fue Paco, el nieto tranquilo, con los ojos profundos y oscuros y llenos de emoción. En ese momento, empecé a esperar que él fuera diferente. Yo no lloré.

Fumé un puro esa noche. Me senté en mi silla y empecé a pensar de mi propia abuela. Sentí un viento llegar sobre mí y empecé a sentir como si su espíritu estaba presente. En ese momento empecé a escuchar su voz. Ella me dijo...

La abuela: Querida Alanza. En tu silencio, veo una fortaleza y una profunda independencia. Éstos son tiempos difíciles. Tú has perdido a dos hombres a quienes has querido. ¿Te acuerdas de cuando tu padre se murió? Yo podía estar triste y llorar pero no hice esto. Siempre recordabas como yo no enseñaba mis emociones mucho. Yo, ahora como ti, tenía que ponerme poderosa y fuerte. Puse mis nietos primero y también a mi nuera, tanto como tú tienes que hacer. Eso es el por qué de ser mujeres.

Alanza: El humo y las llamas por fin agobiaban mi vida muchos años después, cuando el rancho se incendió. En retrospectiva, fue la única manera para que yo pudiera empezar algo nuevo. Paco, ahora hombre y profesor, vino a visitarme. Él me encontró encima de la montaña y de allí nosotros vimos mi casa quemar mientras mirando el sol amanecer. Él me miró con una sonrisa y en ese momento le pasé mi puro para compartir.

Déjame decirte un secreto, Paco... Yo no fumo porque lo hacía tu abuelo. En cambio yo fumo puros porque lo hacía mi abuela.